

CAPITULO X.

El ascendiente del valor.



La noticia de la resolución de Velazquez sorprendió en extremo á Hernan Cortés.

Presumia que despues de las cartas que desde la Trinidad habian dirigido el alcalde mayor, Ordaz y Leon á Velazquez, habria éste desistido de su empeño, dejando de dar crédito á las murmuraciones de sus enemigos.

Pero la nueva órden que recibió el gobernador de la Habana demostraba claramente que no habia renunciado á perseguirle, que estaba completamente resuelto á arrebatarle el mando que le habia confiado, y esto podia producir una gran complicacion.

—Cuando venís á verme, dijo á Garnica, me demostrais que servís lealmente á Andrés de Duero.

—Es un deber en mí de gratitud.

—En ese caso, sabreis cuánto se interesa por mí

—Por esa razon he venido à veros.

—Pues bien: hablad con sinceridad. ¿Está verdaderamente resuelto don Diego de Velazquez á despojarme del título de jefe de la armada?

—No vive ni sosiega desde que vuestros enemigos se han apoderado de su alma. A cada instante le hacen ver que sois su mayor enemigo, que estais resuelto á desobedecer por completo sus instrucciones, á emplear los recursos que os ha facilitado en adquirir nombre y prestigio para vos, en conservar las

riquezas que conquistéis, en desacreditarle á los ojos del monarca de España, y unido en su ánimo el temor y la envidia, le han cegado de tal modo, que no respirará hasta veros on su poder.

—¿Hasta verme encadenado querreis decir?

—Tales son en mi juicio sus intenciones.

—Bien está, añadió Hernan Cortés. Habeis cumplido fielmente las órdenes de Antonio de Duero. Al volver manifestadle mi gratitud, y aseguralde, que cualquiera que sea la suerte que me depare la Providencia, no olvidaré nunca los favores que le debo.

Hernan Cortés se quedó solo, y repuesto de su sorpresa, pudo apreciar en todo su valor lo crítico de la situacion en que estaba.

—Si para demostrarle que no han sido nunca mis intenciones contrarestar su autoridad, se dijo, me entrego por mí mismo al gobernador de la Habana, ó vuelvo á Santiago á presentarme á Velazquez, es seguro que empleará la fuerza.

Me encerrará en un oscuro calabozo, y cuantos esfuerzos haga serán inútiles.

Es necesario resolverse una vez á jugar el todo por el todo.

Los soldados que están á mis órdenes me apoyarán; verterrán hasta su última gota de sangre en mi defensa, pero una lucha en las actuales circunstancias podria privarme de gran número de servidores, podria perder los elementos con que cuento, y mi empresa se malograria.

No todo lo consigue el valor: que la astucia me ayude.

Por circunstancias especiales, que á su tiempo sabremos profesaba Hernan Cortés particular simpatía hácia Francisco Montejo.

Conocia sus cualidades, su excelente golpe de vista, su arrojo, y no vaciló en consultarle.

Despues de darle cuenta de lo que pasaba:

—Oid mi plan, añadió.

—Si me permitís que ántes os diga el mio.

—Le adivino; y creo que no dudareis de mi resolucion para luchar.

—No por cierto; por lo mismo me extraña que vacileis.

—Un general no es un soldado. El soldado puede sacrificar su vida: pero el jefe de un ejército necesita economizar la sangre de los que se hallan á sus órdenes, y mucho más cuando tanta necesidad tiene de ellos. Es preciso emplear otros recursos. ¿Qué pensais de Diego de Ordaz?

—Que es muy adicto á Velazquez, que tiene un carácter díscolo que es difícil de someter.

—La misma opinion he formado de él.

—Quiero decir que es el obstáculo más fuerte que teneis que destruir.

—Ha recibido orden de auxiliar á Pedro de Barba para prenderme.

—Pues la ejecutará.

Hernan Cortés meditó un momento.

—¿Y si le confiase una mision que le alejase de la Habana? dijo despues de su meditacion.

—¿Dios sabe si la aceptaria!

—Todavía es un soldado mio, y tengo derecho para exigirle odediencia.

—Y qué habeis proyectado?

—Dos embarcaciones, que han de acompañarnos á la expedicion, se encuentran en Guanicanico, y es necesario que salga una de las carabelas á buscarlas, Ordaz puede desempeñar esta mision.

—Pero aunque os desprendais de él, queda Velazquez de Leon, que es pariente de vuestro enemigo.

—Por la misma razon de que es pariente es más fácil de seducir.

—¿Pensais hablarle?

—Y hablarle al alma.

—¿Y Pedro de Barba no os inspira recelo? Es valiente.

—Pero es un hombre de corazon y se pondrá de mi parte. Si así no fuera, cuento con mis soldados.

—Contad con todos nosotros; si es preciso luchar, lucharemos.

—En ese caso, partid inmediatamente á comunicar mis órdenes á Ordaz.

Montejo obedeció, y halló solícito al deudo de Velazquez en poner en práctica los deseos de Hernan Cortés.

Temia irritar al caudillo, y las órdenes que le daba le evitaban aquel disgusto.

Aquella misma tarde partió en una embarcacion á buscar los navíos que debian completar la escuadra.

Hernan Cortés llamó á Velazquez de Leon.

—Sois pariente del gobernador, y sin embargo, no habeis medrado mucho, le dijo. Ambicioso como ninguno, honores y riquezas los guarda para sí. A su lado no os faltará nunca su amparo; pero tendreis que depender de él, y esto para un hombre de honor es un sonrojo.

Sé que habeis recibido órdenes suyas para auxiliar al gobernador de la Habana y prenderme. Todo cuanto hagais es inútil. Tengo tomadas mis medidas, y los soldados no consentirán que se cometa una felonía.

Elegid entre cumplir vuestras órdenes ó ser mi amigo. A mi lado os esperan la fortuna y la gloria.

—Soy vuestro, exclamó Velazquez de Leon.

Mientras que esta escena tenia lugar, Montejo, que no podia ocultar ningun secreto, habia confiado á algunos capitanes las noticias que le habia comunicado Hernan Cortés.

Estos se habian alarmado; los soldados tambien eran sabedores de la noticia, y en breve tiempo se la transmitieron unos á

otros, sintiendo todos un vehemente deseo de defender á su caudillo.

Sin recibir orden de nadie se armaron y acudieron á su morada.

—¿Qué pasa? preguntó Hernan Cortés á algunos capitanes, al ver el movimiento que habia en sus tropas.

—Vuestros soldados han sabido que se trata de prenderos, y vienen resueltos á contrarestar esa inicua orden.

—Todos moriremos por vos, exclamaron aquellos hombres. Hernan Cortés experimentó una secreta satisfaccion.

Con aquellos hombres era poderoso.

—Tranquilizaos, les dijo; yo nada temo; y al contrario, agradezco á mis enemigos la ocasion que me ha proporcionado el medio de conocer vuestros sentimientos, de experimentar hácia vosotros una inmensa gratitud.

No bien terminó aquella frase, cuando circuló entre todos la noticia de que se acercaba el gobernador con unos soldados.

—Viene á prenderos, dijeron.

—Retiraos.

—Nosotros destruiremos á nuestros enemigos.

—Deteneos, exclamó Hernan Cortés. Si me estimais en algo, ni un solo movimiento miéntas yo no os lo mande. Voy á salir al encuentro del gobernador.

Por más que quiso ir solo, no pudo contener á los soldados que le acompañaban.

Aun se hallaban distantes del gobernador, cuando éste, al ver la actitud amenazadora de los soldados, gritó:

—Paz, paz; no vengó contra vuestro caudillo, sino á ponerme á sus órdenes.

Pedro de Barba se adelantó, dejando atrás á sus soldados y tendiendo los brazos á Hernan Cortés:

—Soy vuestro amigo, y prefiero faltar á mi deber á cumplir la orden que he recibido.

Estas palabras produjeron un gran entusiasmo en los soldados de Hernan Cortés.

Los que estaban resueltos á luchar, prurumpieron en gritos de alegría, en aclamaciones, en vítores, y desvanecidas las oscuras nubes que amenazaban convertirse en tormenta, tódo fué júbilo y algazara en la Habana.

Pedro de Barba leyó á Hernan Cortés y á sus capitanes una comunicacion que iba dirigida á Diego de Velazquez.

En ella declaraba que le era de todo punto imposible obedecer sus órdenes, no solo por no creerlas justas, sino porque el entusiasmo que habia despertado Hernan Cortés entre sus soldados, la actitud que aparentaban todos de morir en su defensa, ocasionarian una lucha terrible, que ensangrentaria las calles de la Habana, y no queria ser responsable de aquella catástrofe.

Al mismo tiempo le aseguraba que no tenia motivo para dudar del jefe de la escuadra, y le aconsejaba que borrara la ofensa que habia tratado de inferirle, devolviéndole su favor.

Gaspar de Garnica salió aquel mismo dia para llevar á manos de Velazquez la comunicacion de Pedro de Barba.

A pesar de haber obtenido aquel triunfo, quiso Hernan Cortés apresurar su partida.

El gobernador obsequió al jefe y á los principales capitanes con un espléndido banquete, y al dia siguiente, cuando regresó Ordaz, le manifestó lo que habia pasado, aconsejándole que prestara obediencia á Hernan Cortés.

Hízolo de buen grado, tanto más, cuanto que en caso contrario hubiera estado solo, y Hernan Cortés, para apresurar su marcha, terminó la organizacion de sus tropas, dividiéndolas en once compañías; dispuso que cada una de ellas fuera á bordo de una embarcacion, y nombró capitanes á Juan Velazquez de Leon, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid, Alonso Her-

nandez Portocarrero, Juan de Escalante, Pedro de Alvarado, Francisco del Moral, Diego de Ordaz y Francisco Salcedo.

Los nombramos á todos, y á medida que las circunstancias lo reclamen, daremos á conocer sus antecedentes, porque todos ellos son figuras interesantes en nuestra historia.

Confió la artillería á Francisco de Orozco, militar que habia adquirido gran renombre en las guerras de Italia; nombró piloto mayor á Anton de Alaminos, que ya habia acompañado á Fernandez de Córdoba y á Juan de Grijalva, encargó el mando de un bergantín á Ginés de Nortes, con el que le ligaban estrechos lazos de afecto, y como indicamos al principio, señaló el día 10 de Febrero de 1519 para abandonar el puerto de la Habana.

Antes de seguir á Hernan Cortés y á sus valientes capitanes, hagamos un breve paréntesis, y trasladémonos á Santiago de Cuba; conozcamos á fondo la esposa de Hernan Cortés, para saber la actitud en que quedaba, en tanto que el caudillo surcaba los mares en busca de la gloria.

CAPITULO XI.

Un matrimonio sin amor.



A imaginacion es á un tiempo causa de la felicidad y del martirio de los hombres.

Ella habia hecho creer á Hernan Cortés que amaba á Catalina.

En efecto; el hombre en todo el vigor de la edad, á quien las desventuras habian hecho pasar al lado del amor, sin sospecharle siquiera, debia necesariamente conmoverse al sentir por la primera vez en su alma el fuego de una mirada abrasadora.

Catalina se presentó á sus ojos como el ángel de su guarda.

Obligado á permanecer en el templo para no caer en poder de los que le acechaban, se aumentó su deseo de verla.

No pudiendo conocerla, su imaginacion le presentaba á todas horas á aquella mujer, y sin darse cuenta de lo que sentia, llegó á creer que la amaba.

Catalina á su vez le amó, pero sin equivocarse.

Hasta entónces le habia bastado para vivir el amor de su anciano padre, la leal adhesion de los marineros que habian sido los compañeros de su infancia; pero su alma estaba sedienta de esas caricias, de esas venturas que ofrece el amor maternal, y guardaba tesoros de ternura para el hombre que despertase en ella un verdadero amor.

Hasta que se habia fijado la jóven en Hernan Cortés, ninguno otro habia logrado descubrir el filon de aquel rico tesoro.

Una mirada sola del pobre prisionero bastó para encender su alma.

La mujer no es verdaderamente débil hasta que siente el primer latido de amor.

Entónces se convierte en esclava, reconoce superioridad en su dueño, y se entrega desarmada á su cariño, convirtiéndose en un nuevo atractivo su misma debilidad.

Obedecer, sufrir por el objeto amado, sacrificarse: he aquí la ventura de la mujer enamorada.

Instantáneamente perdió Catalina su libertad.

Fué tímida la que había sido audaz hasta entónces.

No se atrevió á alzar los ojos la que hasta entónces había mirado como el águila.

En una palabra: fué el tipo de la esposa y de la mujer.

Pero si todo su corazón era amor, todo el corazón de Hernan Cortés era sed de gloria.

Tenia una esclava; pero carecía de fama, de ocasiones en que poder demostrar su valor.

Deseaba las riquezas con que podría eclipsar en lujo y en poderío á los hombres más grandes del mundo.

Desde el primer momento conoció que los lazos que había contraído para siempre, debían ser para él las cadenas que tenían atado á Prometeo á la roca.

Para conseguir gloria, para adquirir honores, para dominar á la fortuna, necesitaba romper aquellas cadenas.

El nacimiento de su hijo las apretó más y más. Cuando se contemplaba en el seno de su familia, no veía más que un hombre vulgar, sujeto como todos á las necesidades de la vida que tanto él despreciaba.

Catalina atribuía á la ociosidad en que se hallaba el disgusto contínuo que se pintaba en su rostro.

No podía sospechar que fuera el desamor.

Si lo hubiera sospechado siquiera, hubiera muerto.

Sonriéndole siempre, sin exigirle nada en cambio de sus cuidados, se resarcía de su pena contemplando en la cuna á su hermoso hijo, y pensando que la edad y los desengaños le atraerian de nuevo el amor de su esposo.

No pensaba del mismo modo su padre, que hombre de mundo, leía muy bien en el corazón de Hernan Cortés.

El porvenir de su hija se presenta á sus ojos tal como debía ser, y este triste espectáculo aceleró su muerte.

Cuando Cortés decidió partir, hizo Catalina los mayores esfuerzos para disuadirle.

Ya hemos oído lo que respondió á sus súplicas.

Negándose rotundamente á escucharlas:

—Yo no sé la suerte que me aguarda, dijo á su esposa. Tú debes partir á España con nuestro hijo, y buscar á mi familia. Si triunfo, yo iré allí, y partiré con vosotros mis riquezas y mi gloria; si sucumbo, en el seno de mi familia hallareis lo que no puedo daros,

Catalina salió de Santiago de Cuba ántes que Hernan Cortés, en uno de los buques que mensualmente hacían la travesía entre la colonia y la metrópoli.

La pobre madre estaba ya segura de haber perdido el amor de su esposo.

Pero encontró toda su alma en su hijo, y partió con él á Estremadura en busca de los padres de Hernan Cortés.

Las amarguras que le esperaban, debían formar un doloroso contraste con el porvenir que estaba reservado á su esposo.